

textos son descripciones anecdóticas y sencillas del viaje; se constituyen en registros personales de la travesía, correspondiendo a cada uno de los cuatro autores el relato de lo acontecido en un determinado trayecto del recorrido hecho por la expedición, imprimiéndole cada cronista su estilo personal al trabajo, de acuerdo con sus intereses profesionales en el viaje. Así, las narraciones comienzan con el relato animado y familiar de Roberto Franco García, politólogo interesado por los asuntos indígenas, quien combina la angustiada denuncia de la deforestación con el registro de anécdotas personales en las que se destaca la sensibilidad del encuentro con aborígenes y colonos, en general. En el fotógrafo Eduardo González se refleja el espíritu del artista pendiente del elemento gráfico, del paisaje indescriptible o de la persona representativa de la región, elementos que le permiten construir imágenes entusiastas que hacen sentir los problemas que se cuelan como denuncias espontáneas y compartir la experiencia de los deseos de conocer, integrándose respetuosamente a las sociedades indígenas y, en general, a los diversos pobladores con quienes tuvo oportunidad de toparse. En lo que respecta al artículo de la antropóloga Ana Cecilia Montoya Escobar, es más rico en elementos descriptivos de viviendas y costumbres, mientras que la crónica de Polidoro Pinto Escobar, botánico, viene llena de referencias técnicas a la composición y origen del suelo, a las montañas y a los ríos. No obstante, es justo hacer resaltar que los cuatro cronistas muestran un sensible afecto por lo que concierne al hombre y a la naturaleza, característica común que le da a la obra un tinte de documento vindicativo de la vida indígena y de la riqueza ecológica que es urgente defender para evitar dolorosas consecuencias para el planeta.

Merece renglón aparte destacar el trabajo ilustrativo, compuesto por más de 600 fotografías, varios dibujos sencillos y mapas de las rutas a las que hace referencia cada texto; aquí es bueno aclarar que el libro se organizó por crónicas, seguida cada una de ellas de un conjunto de imágenes con muy buena calidad; muestran estas tomas la gran biodiversidad animal, vegetal y, sobre

todo, captan la variedad etnológica de los hombres, mujeres y niños que viven buscando día tras día los beneficios de una selva sometida a más de 400 años de saqueo y destrucción; además, siempre está presente el paisaje, de belleza en ocasiones fantástica, confirmando el sobrecogimiento que produce en quienes tienen la fortuna de apreciarlo personalmente. Los mapas son sencillos pero ilustrativos; encabezan cada crónica y muestran el recorrido al que se refiere. En mi concepto, las fotografías también se debieron colocar entre los textos para complementar inmediatamente con la imagen lo que se describe con palabras.



Pero la forma como se organizó la obra permite acercarse a ella de dos maneras: leyéndola, o conociéndola a través de la visión de su variado material fotográfico. Lamento la ausencia de un glosario de términos (por decirlo así) amazónicos; en el diccionario no encontramos aún palabras como *igarapé*, *cabillas*, *jangada*, *fazenda*, *toudo*.

Con respecto a Colombia, aparte de los aspectos mencionados y que en general comprometen a los países recorridos, es preocupante el abandono de nuestras fronteras y la animadversión que en forma continua mostraron las autoridades venezolanas hacia los integrantes de nuestra delegación.

Éste es un vistoso libro que nos acerca a la riqueza inmensa, mas no inagotable, de una región que permanece olvidada para la gran mayoría de nosotros. Quiera Dios, y quiera el hombre, que no sea en el futuro un testimonio de lo que malogró el capitalismo contemporáneo.

HERNÁN ADOLFO GALÁN CASANOVA

Entre la vida y la muerte

Memorias de Lázaro

Rodrigo Arenas Betancourt

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1994, 153 págs.

Las *Memorias de Lázaro* son el testimonio, lleno de dolor y rabia, de los días oscuros —noventa y seis— que vive el maestro Rodrigo Arenas Betancourt, atado en “el cambuche”, en medio de las montañas, del bosque y de la oscuridad, en manos de secuestradores pertenecientes a un grupo guerrillero de las Farc.

¿Qué otra cosa hacer en medio de un tormento tal que no se puede imaginar por más que nos lo cuenten? Sus captores le dan cuadernos que él llena, unas veces delirante, las otras con una serenidad estudiada y trabajada a punta de decirse a sí mismo. El texto viene acompañado de los bocetos que también traza para encontrar salida a su desesperación. Consta de una decena de apartes que inicia con citas varias. En el primero, narrado en tercera persona, Lázaro es el resucitado que baja, aún incrédulo, de las montañas y, luego de la libertad, nos entrega sus memorias: “Lázaro de Betania sobrevivió al secuestro y al sepulcro, enajenado y delirante. Según versiones de sus contemporáneos perdió por completo el hilo de su historia y el trazo de su camino” (pág. 16). Los demás acápites sí están escritos con su voz, él es quien narra, y esto toma otra dimensión más intensa y profunda: la de su propio dolor y pánico.

Está herido, está exangüe, está loco, cree no ser capaz de escribir pero lo necesita. Es inminente, es la única salida a la soledad y al miedo, a la rabia y al suplicio. Escribe con un lenguaje florido y elegante, pausado, poco usual en estos tiempos de acelere y violencia, pero sin abstenerse de llamar a las cosas por sus nombres o de maldecir mil veces. Nos habla de miedos, obsesiones, nostalgias y delirios a lo largo de su vida sin ningún orden. Va y viene en el tejido de sus memorias al ritmo del no tiempo en “el cambuche”, donde se

siente un ahijado de la muerte en la asfixia del secuestro. Así escribe estas memorias que él quiere dejar por si acaso no regresa, aunque espera regresar. Siempre tiene una esperanza, esperanza que danza en la cuerda floja de la desesperanza, pero ésta lo sostiene. Maldice su suerte, maldice su estado, maldice a sus captores.



Vida vivida intensamente, de la mano de la muerte, de la mano de la pasión. Viajes al pasado, al amor y al dolor, al arrebatado, al desconcierto, y a México. Regresa a México como una constante en su vida, como lo son el arte, Grecia y las mujeres. Ésta es la trama de las *Memorias de Lázaro*. No hay orden. Digamos que el encierro, atado en "el cambuche", justifica el desorden de esta obra. El delirio crece hacia el final del cautiverio, cuando ya los porqués se ensartan con la zozobra y con los firmes planes que se traza para estar sereno, para estar presente, para vivir a cada instante su cautiverio, o para huir, pero la idea de la huida o el suicidio es débil; son más grandes las ganas de vivir y las esperanzas de una negociación.

Al principio cuenta cómo lo cogen, lo separan de su esposa y de sus hijos, y lo llevan al cambuche. Primero siente el miedo a la muerte, vive el miedo a morir en el próximo segundo, él, para quien la muerte ha sido compañera inseparable. Después viene el dolor del sufrimiento físico y psicológico. Entonces se queja. Se pregunta por la violencia, que encuentra en la raíz de los actos humanos en este fin de siglo; habla de la impunidad, sino depravado y ominoso del momento humano, y de la "Revolución", que pa-

recía la panacea y resultó el mito del siglo XX.

"[...] me muero de ansiedad en el obtuso y obcecado vientre de la montaña entre búhos enormes y cocuyos lucernarios; desleído en el barro negro y gelatinoso; entre los árboles que mastican la tiniebla y la muerden con terrible furia. El corazón es una máquina ciega que apenas aletea desangrando el tiempo. Los minutos se hacen interminables; degüellan la esperanza y toda ilusión. Yo, el viajero narciso, llegué a agonizar, sin quererlo ni pensarlo, a unos metros del lugar donde nací" (pág. 32). Se consuela con el hecho providencial de que se juntan el nacimiento y la muerte, el útero y la fosa. El monte lo regresa a su infancia, a la madre, a la abuela, a los demonios y a los mitos. Vuelve allí para encontrar en recuerdos e imágenes el sentido de su obra y de su pensamiento. Reconoce olores y sonidos, recuerda el fuego y la cocina, el jardín y las plantas, y las enseñanzas de la madre. Del padre recuerda otra sabiduría: Grecia. ¿Por qué vine a morir al mismo lugar del nacimiento?, es la pregunta que se hace.



Un día lo mandan al seminario en Yarumal. Aquella separación es tan dolorosa que... "mi ser quedó para siempre sangrando y maldiciendo" y su vida ha estado marcada por separaciones desgarradoras, como la del día del secuestro y como las separaciones de las mujeres que ha amado, de los lugares donde ha vivido, y de los objetos que ha amasado. Su infancia es salvaje, religiosa y mágica. Desde entonces la muerte es el personaje habitante de su alma, y ahí sigue, terca, invariable, insinuándose, amonestándolo. Después es

un adolescente lujurioso que renuncia a Dios. Su pasado: el alcohol, el ocio, el sexo, la belleza, el arte, son sus cómplices; a ellos se entrega, pero nunca consigue la calma.

Dolor. ¿Qué es el dolor? "Sin embargo, ahí sobre el dolor de la muerte queda el hermoso rayo de la esperanza" (pág. 64). Recuerdos farragosos lo atropellan en "el cambuche" en el ejercicio diario de escribir para no morir. Va y viene en su vida. En 1944, viaja a México, va a buscar algo que aún no sabe qué es. Cuenta de la vida en México en aquellos años, cuando es el centro intelectual, artístico y revolucionario de América. México lo ha marcado. Y Celia, su calavera emplumada, también. Celia Calderón de la Barca Olvera, ex de Arenas Betancourt. La mujer a quien ama y se suicida. Ella es una constante a lo largo del libro, está presente en el cautiverio, muriendo a cada instante, cada mañana y cada noche. A ella le habla de Grecia, del Poseidón y del Partenón. Recorre a Europa de museo en museo, buscando a Grecia. También viaja a los Estados Unidos, pero allí no la encuentra. Se pregunta por el arte, por lo indescifrable en la vida y en la belleza; escribe, escribe tejiendo la tela.

A menudo regresa a una lectura que hace en la Academia de Medicina, donde habla del arte, y de sus lecturas sobre Freud y el artista, sobre Leonardo y Miguel Ángel, reflexiones que a veces tienen el matiz de un final de vida, como las cavilaciones de un anciano. Es cuando la tristeza lo invade, y llora. Entonces llegan sus mujeres para consolarlo. Las mujeres de su vida, que han sido musas, estrellas y guías, consuelo y madres. Los últimos días se llenan de dolor y rabia, miedo y desesperanza; es cuando vienen los porqués y se torna más delirante, pero busca el Renacimiento para serenarse. Llega hasta el David y se abraza a él como a una tabla de salvación. "Los recuerdos son un consuelo, pienso que nada me hizo feliz: ni el dinero, ni lo que llaman fama, ni la tranquilidad, nada, nada... Fui feliz persiguiendo a una negra maorí por la calle de Saint-Denis. Las gentes le gritaban: 'La negrés, la negrés, la negrés'. Fui feliz; felicidad efímera y gratuita, pero inmensa, la única, la absoluta, para mí en este antro miserable" (pág. 68).



Un día, repentinamente, viene el rescate. Es enero, ya han pasado las navidades. El maestro Arenas Betancourt está libre, la pesadilla ha concluido, regresa "el resucitado" con su familia y con sus amigos, llega el tiempo de la celebración. Este texto tiene algo extraño. ¿Qué es? Son los desvelos de su vida, que se hacen transparentes por la cercanía de la muerte. Con la lectura de estas obsesiones tal vez se entienda de otra manera su obra: *Bolívar desnudo*, *Prometeo encadenado*, *Fuente de la vida*, *Lanceros del Pantano de Vargas*, *el Monumento a la raza*.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Recuerdos heredados

Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte

María Tila Uribe

Cerec-Cestra, Santafé de Bogotá, 1994, 353 págs.

El libro de María Tila Uribe fue un parto doloroso y tal vez por ello se demoró tanto en salir a la luz pública, cuando estaba listo desde hacía años. Tila, como la llamamos quienes la conocemos, no tuvo educación formal, y sin embargo terminó siendo maestra autodidacta en materia de enseñanza de adultos. Es además, y no se trata de cualquier detalle, hija de Tomás Uribe Márquez, destacado intelectual de los años veinte y secretario del Partido Socialista Revolucionario.

Tal vez en estos breves rasgos biográficos radique la explicación de por qué *Los años escondidos* no fue editado hasta el año pasado. Sin ser historiadora profesional, Tila Uribe se adentra en los vericuetos del pasado a desentrañar unos hechos que no vivió pero de los cuales guarda un recuerdo "heredado". Son hechos que coinciden con los últimos años de su padre. Por ello fue más doloroso aún el parto, si se me permite abusar de la metáfora: ella quería (re)hacer la historia verdadera de su padre y de la generación que lo acompañó. Puso, por tanto, todo su intelecto en la recolección minuciosa de documentación de los años veinte desde la perspectiva de esa generación que le es tan cara. Por eso su historia, la que ella reconstruye, se mueve entre el pasado y el presente en ese continuo ir y venir propio de los afectos. Es una historia de seres humanos de carne y hueso, de sueños y rebeldías de gentes, como suele designarlas, muy cercanas; no es una reconstrucción fría de modos de producción o de estructuras políticas o ideológicas. Por ello se demoró tanto en terminar este libro, pues a las consideraciones ya enumeradas se agrega su natural perfeccionismo. Si por ella fuera, todavía estaría buscando más documentos, leyendo los últimos libros sobre el tema, entrevistando a más sobrevivientes, recolectando fotos desconocidas o esculcando el último baúl en busca de recuerdos perdidos. Estoy seguro de que lo publicado no refleja sino la quinta parte de lo recopilado. Pero ya era hora de que el libro se produjera.

Se entiende así que este texto sea de todo un poco, en el mejor sentido de la expresión. Es una biografía, un anecdotario, un testimonio, un juicio y una reconstrucción de una generación rebelde y de paso uno de los mejores textos publicados sobre el socialismo revolucionario. De ahí los evidentes logros, pero también los defectos o limitaciones. Comencemos por estos últimos, como es usual en este tipo de reseñas. Por tratarse de la biografía, contextualizada, de su padre, a Tila lo es difícil tomar distancia. Ello en sí no tendría problema, pues si se tratara de negar los afectos para escribir historia, muy pocas biografías saldrían a la luz pública. Extraño, eso sí, como lector y

como historiador, referencias explícitas a los archivos donde reposan documentos claves que se citan a lo largo del texto. Por ejemplo, el testimonio de Juan Francisco Cuéllar (págs. 51-52); en la página 23 se menciona una entrevista hecha en 1960 (¿se trata de la misma fuente?) o a las memorias de Carlos Cuéllar (págs. 89-92) o los documentos transcritos en las páginas 259-260 o la carta de Tomás mencionada en la página 260. Estoy seguro de que en los primeros casos se trata de documentos familiares que reposan en su poder y que en los dos últimos fue un descuido que fácilmente se superará en la siguiente edición (pues estoy seguro de que habrá otras). Lo mismo podrá ocurrir con algunas pequeñas imprecisiones históricas, como el decir (pág. 46) que en 1923 había desaparecido el Partido Socialista; o ubicar el destierro de los artesanos de las Sociedades Democráticas treinta años después (pág. 103) o llamar "general" al ministro Ignacio Rengifo, quien seguramente quiso ser militar pero no lo fue sino de mente. Es bueno precisar también la fecha de retorno de Francisco de Heredia al país, situada en el texto en 1922. Hay, por último, cierto tono apologético al situar a su padre dentro de la "verdad" histórica, que convierte a ratos el libro en un juicio político a posteriori. Las polémicas con Torres Giraldo (pág. 157) o con Mahecha (pág. 301), además de un par de referencias anacrónicas a la antigua URSS, bajan el nivel de un texto que tiene el rigor y la seriedad necesarias como para considerarlo dentro del género de la historia.

Pasa salirle adelante a estas críticas, María Tila Uribe buscó hacer una biografía contextualizada de su padre y de la generación de socialistas revolucionarios de los años veinte. Ahí radica su novedad e importancia. El tema, un poco trillado, pero no trabajado en profundidad, recibe nuevas luces con el libro en cuestión. El solo rescate de la figura de Tomás Uribe es ya un mérito. Pero son también aportes su ubicación como intelectual, el peso de los viajes en su formación (España y el anarquismo, México y la revolución, Venezuela y el contacto con otros rebeldes igualmente soñadores con quienes se planea-